

ME ENCANTA
CUANDO TUS
GARRAS
ACARICIAN
MI ALMA.



aitor saraiba



ESPASA es POESÍA

ME ENCANTA CUANDO
TUS GARRAS ACARICIAN
MI ALMA

Aitor Saraiba

Ilustraciones del autor



ESPASA ES POESÍA

ESPASAesPOESÍA

© Aitor Saraiba, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Ilustraciones de cubierta e interior: © Aitor Saraiba

Diseño de maqueta de colección: Andrés Mengs

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 19.494-2019
ISBN: 978-84-670-5684-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Liberduplex

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

«EMPEZAR A QUERERME a mí fue dejar de quererte a ti», escribí en una hoja de uno de mis cuadernos en 2017. Ese aprendizaje no fue sencillo. Lo escribo aquí ahora en una frase en esta hoja como el que se tira por un tobogán sin miedo porque ya conoce el final.

La historia es otra. La historia se alarga a través de los años, en algunos momentos demasiado, tanto que pudo parecer eterna. Posiblemente sea eterna, como un uróboros fue nuestro amor. Esa serpiente que se come a sí misma, ese fin que nunca acaba y que siempre empieza. Tú, yo y todos nuestros naufragios. Tú, mi mayor fracaso.

Tengo una foto tuya en mi cuaderno de notas nuevo.

LA FOTO SE LA HICE en nuestro viaje a Ámsterdam. Tendría que tirarla, pero tenerla me recuerda que tengo que tener cuidado, vivir alerta, como aquella bandera en su cuartel que ondeaba una mañana de otoño con las palabras Alfa Plus, «eso significa que estamos en alerta –me dijo vestido con su uniforme–, en alerta vivimos siempre», continuó antes de sentarnos a desayunar.

Alerta. Alfa Plus. Tu aliento sobre mi nuca poniéndome todos los vellos de punta; luego me doy cuenta de que no estás, estoy solo en la habitación. Recuerdo tus besos, todo lo que me dieron y todo lo que me quitaron. Me hace pensar en ti, en el demonio, en tus ojos oscuros, en la Gran Vía de Madrid, en aquel beso que me diste frente al Palacio Real, en una mañana al alba en Oporto, la última mañana de mi vida que recuerdo antes de conocerle.



Volvía a vivir en Madrid. Madrid, ciudad del retorno, a la que vuelvo siempre. Como hice después de vivir en México y en Los Ángeles, y ahora que dejaba Oporto, volvía a Madrid una vez más, con mis dibujos y textos bajo el brazo, esos que al principio, hace años, empecé a hacer para salvar mi alma, y lo hicieron. Ahora, además, esos mismos textos y dibujos pagan mis facturas.

No soy de Madrid, pero esta ciudad me ha arropado siempre. En el aeropuerto con el estómago cerrado por dejar otra ciudad atrás, o porque era muy temprano y cuando madrugo se me cierra el estómago y se me quita el hambre —en los viajes siempre me pongo, indiferentemente los kilómetros que lleve ya a mis espaldas, nervioso—, entonces me mareo por no comer. Así estaba esperando el vuelo destino Barajas. Era 5 de marzo del año 2013, lo sé porque en mi diario de esa época describo esa sensación nauseabunda. Es la última nota de mi diario; sin darme cuenta, nos habíamos conocido. Pequeños detalles

inadvertidos en el presente que marcarán una línea en tu biografía que a veces querrás celebrar; otras, borrar. Porque es él el único hombre al que a veces he intentado amar y, otras, olvidar.

NO LLEVABA MUCHO TIEMPO en Madrid; no haría ni un mes que había llegado a mi nueva casa, un apartamento compartido, diminuto y oscuro cerca de la estación de Atocha, después de dejar Oporto, ciudad portuguesa en la que había vivido un año, escrito un libro y pintado varios cuadros, cuando quedé por primera vez y sin mucho interés con Rubén. Rubén. Cada una de sus letras pesa en mi recuerdo, su sombra se alarga hasta hacerme escribir este libro. En mi diario de aquellos días tengo una entrada en la que hablo de asuntos que en aquel momento me parecían interesantes y que hoy carecen de todo interés, y entre divagación y divagación: «En la cama fuimos dos gorilas provocando el fin del mundo o el comienzo de uno nuevo. He follado en mi casa con un desconocido. Me he acordado de él ahora porque su olor sigue en mi almohada». Luego sigo divagando, como digo, sobre temas sin ningún interés.

UN MEDIODÍA, ABURRIDO sobre la cama, escribí al hombre que había dejado su olor en mi almohada. Rubén no respondió. Seguí tirado en mi cama leyendo *Antes del fin*, de Ernesto Sabato, que me tuvo dos tardes allí, pensando en la muerte, el suicidio y el paso del tiempo. Antes de llegar a la última página, con un día de retraso, Rubén respondió a mi mensaje. Preguntaba si estaba libre; le dije que sí, que viniera si le apetecía. Cuando sonó el timbre, abrí y vi en sus ojos negros clavados en los míos un brillo, un hechizo, que la otra vez no percibí, un brillo que me sedujo y que, mezclado con su olor, el mismo que había abandonado a su suerte en mi almohada y que pude distinguir nada más abrir la puerta, movió dentro de mí lo más primitivo que nadie había removido jamás en mi interior.

Desnudos sobre la cama sentí su respiración fuerte a mi lado. Su cuerpo de gorila, peludo y enorme, parecía una montaña que se movía rugiendo desde dentro; me di la vuelta y él con sus dedos en mi espalda

dibujó símbolos que jamás podría descifrar, pero que mi cuerpo interpretó y quiso por un momento que ese instante durara toda la vida.

Ese día hablamos de nosotros. Me contó que era militar, que tenía cuarenta años, que vivía con compañeros del trabajo en un piso al lado de la plaza Mayor y que estaba soltero. El brillo de sus ojos, aquel hechizo no se le quitó, ni ese día ni nunca más. Sin ducharse, se vistió y se marchó.

AQUELLA NOCHE en la cama, con las sábanas sucias, fui poseído por su olor, el olor de aquel desconocido que se llamaba Rubén. Y allí solo, tirado, recordaba su cuerpo peludo y enorme, retorciéndose, mordiendo la almohada como un animal asustado debajo de mí, como un gorila que acepta su muerte y jadea y lucha por una batalla que sabe perdida. Estuve toda la noche soñando con él, con su piel y su pecho lleno de pelo negro, con su barba dura que había dejado sobre mí alguna marca.

A la mañana siguiente no lavé las sábanas. Directamente las tiré a la basura y me fui a comprar unas nuevas. No quería tener a un desconocido visitándome en sueños, no quería tener su olor, ni esas sábanas que ahora, aunque lavadas, me recordarían siempre a él. No quería tener que recordar a nadie, no quería echar de menos, no quería volver a verle.

LLEGÓ UN VERANO que nos dejó a todos fritos. Madrid era una parrilla y nosotros, las chuletillas que se iban churrascando al fuego. Me iba a la cama tarde aprovechando las horas de menos calor para escribir, dibujar y releer la poesía de Nazim Hikmet, que en aquellos días era un bálsamo que terminó impregnando el libro en el que trabajaba entonces, *Nada más importa*.

En mi cama, aunque las sábanas eran nuevas, algunas veces me recordaban al olor de aquel hombre gorila que se retorció dejando el sudor de su placer. En ocasiones, cuando queremos sustituir algo, fracasamos en el intento y da igual las veces que intentemos cambiar las cosas. Podemos aprender a engañarnos a nosotros mismos, pero en el fondo de un corazón perdido siempre quedará un hueco para la esperanza. Y eso es muy peligroso.

El verano lento y monótono fue distraído por algún festival de música al que fui y la visita de algún amigo

del pasado que hizo algo de sombra sobre un sol abrasador. Un día Rubén me mandó un mensaje preguntándome por mi verano y si estaba por Madrid. No respondí nada.